

## Catecismo 767 – 769 La Iglesia, manifestada por el Espíritu Santo

JOSE IGNACIO MUNILLA

Obispo de San Sebastián

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

**Punto 767:**

**"Cuando el Hijo terminó la obra que el Padre le encargó realizar en la tierra, fue enviado el Espíritu Santo el día de Pentecostés para que santificara continuamente a la Iglesia" (LG 4). Es entonces cuando "la Iglesia se manifestó públicamente ante la multitud; se inició la difusión del Evangelio entre los pueblos mediante la predicación" (AG 4). Como ella es "convocatoria" de salvación para todos los hombres, la Iglesia es, por su misma naturaleza, misionera enviada por Cristo a todas las naciones para hacer de ellas discípulos suyos (cf. Mt 28, 19-20; AG 2,5-6).**

Se habla con claridad que el momento de la ascensión de Cristo a los cielos: "todo está cumplido", es entonces cuando viene el momento del Espíritu, y ese Espíritu Santo es enviado el día de pentecostés; el catecismo utiliza una expresión tomada del concilio Vaticano II: **"fue enviado el Espíritu Santo el día de Pentecostés para que santificara continuamente a la Iglesia"**.

Esa es la obra del Espíritu Santo: "una santificación continua". La Iglesia tiene que estar en un proceso de continua santificación. Podemos tener el riesgo de pensar que la Iglesia ya es "santa" en su origen, porque Jesucristo la fundó; y ya es santa y con esos ya esta: como si la santidad fuese un acto puntual. Por eso se dice "Santificara "continuamente".

La Santidad no puede ser "un punto de partida", sino un punto de **llegada**; nunca apodemos decir: "*Ya estoy convertido*". Cuando alguien dice eso, es una prueba inequívoca de que no lo está. Nosotros siempre estamos en proceso de conversión, siempre en proceso de reforma, siempre santificándose; es más, este proceso no termina nunca.

Cuando la Iglesia va a canonizar a alguno de sus hijos, lo que en el fondo estudia e investiga es: **si en el momento final de su vida, murió debidamente purificado**, no si tuvo pecados en su vida. Un santo pudo tener pecados en su vida; la Iglesia puede tener, también, pecados (¿Cómo no va a atenerlos...?);

Pero al final, la santidad se mide, por el "proceso increscendo" hasta el momento último de la vida. Seremos juzgados por el estado de nuestra alma en el momento final de la vida.

Aquí no vale vivir de las rentas. Hay un refrán que dice: *“Vales tanto como tu última obra”*.

No vale que hayas hecho antes obras muy buenas, eso ya pasó, lo que importa es el presente.

Eso de *“vales tanto como tu última obra”*, lo entendió muy bien el “Buen ladrón”, porque su última obra de conversión es la que le dio a su vida un tono distinto.

Ante Dios son somos “el promedio de nuestra vida”. Ante Dios valemos tanto como el momento presente. Esto es valorar la importancia del crecimiento.

A veces ya les pongo un ejemplo a los niños de primera comunión: ¿Qué es más importante tu “primera comunión” o tu “segunda comunión”? Evidentemente la más importante es siempre es la última comunión que has hecho. Esta ejemplo lo podemos poner en todo: “¿Qué es más importante en un matrimonio el “sí, te quiero” que se dijeron el día de su boda, hace quince años, o el “sí, te quiero” que se tienen que decir esta mañana?

Pues esa es la tarea del Espíritu Santo: la de santificar **continuamente** a la Iglesia. Los que formamos parte de la Iglesia, siempre nos tenemos que sentir insatisfechos, con sed de santidad, con deseos de crecer. El mejor signo de estar en el buen camino, según la voluntad de Dios, posiblemente sea este: “la insatisfacción”, el deseo de santidad.

Añade otra cosa este punto: **Como ella es "convocatoria" de salvación para todos los hombres.** Hoy en día, cuando se habla de que Dios le dio a la Iglesia la tarea de ir por todo el mundo:

Mateo 28, 19-20:

- 19 ***Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.***  
 20 *y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.»*

Estamos en una cultura tan secularizada que esa frase puede llegar a sonar mal: como si fuera una llamada al “proselitismo”; como si fuera “ir a dar la lata a la gente”, “ir a captar adeptos”.

Esto entendido así, es no comprender **“el celo apostólico”**: **cuando alguien tiene un tesoro en su corazón, siente la necesidad imperiosa de comunicarlo. Y cuando alguien ama a otra persona, siente la necesidad imperiosa de desearle lo mejor.** Y la Iglesia que está llena del Espíritu Santo, siente la necesidad imperiosa de comunicar ese Espíritu, comunicar el amor de Jesús a todo el mundo.

Este mundo confunde “celo apostólico” con “proselitismo”, se confunde “hacer discípulos” con “captar adeptos”. Porque, cuando este mundo vive en base a una tolerancia (cada uno que piense lo que quiera, y al fondo: sálvese quien pueda), esa tolerancia como valor supremo, al fondo es una indiferencia a lo que el otro piense. **La tolerancia –tal y como la estamos viviendo- es signo de indiferencia.**

Nosotros no creemos únicamente en una tolerancia, creemos en el amor al prójimo, y del amor viene el deseo del apostolado, del amor se deriva el “celo apostólico”.

Juan 21, 10:

- 10 *Díceres Jesús: «Traed algunos de los peces que acabáis de pescar.»*  
 11 *Subió Simón Pedro y sacó la red a tierra, llena de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y, aun siendo tantos, no se rompió la red.*

El evangelista se sorprende (fijaos que conto los peces) aun siendo 153 peces grandes no se rompió la red. Siendo San Juan como es, no solo está viendo un hecho puntual, está viendo una imagen de la Iglesia que es las redes de Pedro: **Esa gran convocatoria de hijos, ese gran apostolado, ese “ir a hacer discípulos” es un DON DEL ESPÍRITU SANTO**; lo lógico es que con las fuerzas humanas esa red se rompiera; es un milagro del Espíritu Santo la extensión de la Iglesia en los cinco continentes, es un milagro del espíritu Santo que ahora mismo seamos más de mil millones de católicos, sin que esa red se haya roto.

**Punto 768:**

**Para realizar su misión, el Espíritu Santo "la construye y dirige con diversos dones jerárquicos y carismáticos" (LG 4). "La Iglesia, enriquecida con los dones de su Fundador y guardando fielmente sus mandamientos del amor, la humildad y la renuncia, recibe la misión de anunciar y establecer en todos los pueblos el Reino de Cristo y de Dios. Ella constituye el germen y el comienzo de este Reino en la tierra" (LG 5).**

El Espíritu santo construye y dirige la Iglesia, la va diseñando con “diversos dones Jerárquicos y carismáticos”; haciendo un equilibrio entre las dos cosas, es un equilibrio perfecto de carismas.

Fijaos que hemos pasado (por la “ley del péndulo”) de un momento histórico anterior donde se “ligaba” al Espíritu Santo casi exclusivamente a la jerarquía, teniendo el peligro de pensar que el Espíritu Santo no actuaba fuera de la jerarquía; pasando al extremo contrario que es que la iluminación del Espíritu Santo parece que se refiere únicamente, hoy en día, a los dones carismáticos, incluso en un contexto de cierta alergia a lo institucional y jerárquico, como si el Espíritu Santo actuase fuera de la jerarquía y al margen de ella.

Esas leyes del péndulo, esos bandazos, son signo de que nosotros tendemos más bien a restar y no a sumar. Sin enterarnos que el Espíritu Santo integra una cosa y la otra: Al mismo tiempo que esta iluminando al papa y al colegio apostólico y al concilio, al mismo tiempo esta iluminando a los santos... a la Madre Teresa de Calcuta, a la madre que cuida de sus hijos...

El Espíritu Santo es capaz de hacer todo eso a la vez y sin contradecirse.

Nos tenemos que purificar: ¿Por qué para afirmar una cosa tenemos que negar la otra?.

En alguna ocasión ya hemos comentado a propósito de esto:

La Iglesia tiene como dos perfiles: **El perfil petrino y el perfil mariano.**

El perfil Petrino hace referencia al perfil ministerial y jerárquico de la Iglesia. Dios le dio al colegio apostólico unos “dones jerárquicos”. El Espíritu Santo ilumina a través de esos dones:

- para regir la Iglesia,
- para gobernarla,
- para iluminar, preservar y para enseñar la fe,
- para interpretar la sagrada Escritura....

El perfil mariano esta prefigurado por la Virgen María, por todos aquellos que han recibido ese don del servicio y la entrega. Se traduce en un montón de funciones de servicio y entrega en el amor; al final es lo que hace que el amor “sea práctico” y se traduzca en obras.

Estos dos perfiles se complementan perfectamente.

A continuación, este punto, dice que el Espíritu Santo hace una función muy importante que es **guardar en la Iglesia los dones de su fundador**. Es muy fácil que los dones de un fundador se pierdan con el paso de los años. Sabemos que cualquier institución, mientras esta cerca del que la fundó “guarda su espíritu”. De hecho eso habría pasado en la Iglesia Católica si no hubiese sido por el Espíritu Santo.

El Espíritu Santo nos está siempre recordando los dones que nos dio el Señor. Dice en este punto que estos dones son: **El de la humildad, el del amor y el de la renuncia**.

Es decir: El Espíritu Santo está impulsando siempre a su Iglesia a que se olvide de sí misma y se entregue en servicio a sus hijos. El ser de la Iglesia no es mirarse al ombligo. Es necesario, pues, estar en proceso de continua conversión dentro de la Iglesia, de lo contrario no guardamos el espíritu del fundador, e iremos cada uno añadiendo nuestros propios criterios, y eso no es así.

Termina este punto diciendo que la Iglesia **constituye el germen y el comienzo de este Reino en la tierra**. Ayer ya tuvimos ocasión de hablar: El Reino de Dios es más amplio que la Iglesia.

#### Punto 769: La Iglesia, consumada en la gloria

La Iglesia "sólo llegará a su perfección en la gloria del cielo" (LG 48), cuando Cristo vuelva glorioso. Hasta ese día, "la Iglesia avanza en su peregrinación a través de las persecuciones del mundo y de los consuelos de Dios" (San Agustín, *De civitate Dei* 18, 51; cf. LG 8). Aquí abajo, ella se sabe en exilio, lejos del Señor (cf. *2Co* 5, 6; LG 6), y aspira al advenimiento pleno del Reino, "y espera y desea con todas sus fuerzas reunirse con su Rey en la gloria" (LG 5). La consumación de la Iglesia en la gloria, y a través de ella la del mundo, no sucederá sin grandes pruebas. Solamente entonces, "todos los justos descendientes de Adán, desde Abel el justo hasta el último de los elegidos" se reunirán con el Padre en la Iglesia universal" (LG 2).

Llama la atención el hecho de que diga aquí que la Iglesia "espera y desea con todas sus fuerzas, reunirse con su Rey en la gloria", porque solamente llegará allí a la perfección.

Creo que todos nosotros tenemos –o debemos de tener- la "insatisfacción" de saber que en esta vida no encontramos la plenitud que buscamos, no encontramos el deseo de santidad, el deseo de bondad y de amor pleno que uno busca, en esta vida se queda pequeña. Nos damos cuenta que ese deseo que el Espíritu Santo ha puesto en nosotros, es un deseo insatisfecho, porque solamente podrá ser plenamente cumplido en el cielo. Detrás de esa insatisfacción está escondido el "hombre del cielo".

Recordar ese pasaje del evangelio cuando María Magdalena llora junto al sepulcro vacío de Jesucristo y le preguntan: "¿Por qué lloras?, porque se han llevado a mi Señor –contesta María Magdalena-". El verdadero sufrimiento está en no poseer plenamente a nuestro Señor.

El está aquí con nosotros, pero como no podemos verle, como no podemos gozar plenamente de Él, lloramos y sufrimos, por la limitación que supone nuestra condición carnal y nuestro pecado.

Para que entendamos bien lo que es la Iglesia, tenemos que pensar no solo en la Iglesia peregrinante aquí en la tierra, hay que pensar en la Iglesia celestial, y en la Iglesia purgante; para que tengamos una imagen equilibrada de la Iglesia tenemos que pensar en la “Jerusalén celestial”, en el coro de los santos que alaba a Dios o en la Iglesia que se está purificando para poder ver a Dios.

Y añade una cosa más este punto, y es que mientras que llegamos allí, nos toca sufrir “pruebas grandes” – dice -.

2ª Corintios 5, 6

- 6 *Así pues, siempre llenos de buen ánimo, sabiendo que, mientras habitamos en el cuerpo, vivimos lejos del Señor;*  
7 *pues caminamos en la fe y no en la visión...*

Esas grandes pruebas las ha experimentado la Iglesia durante toda su vida: las persecuciones, tantos martirios, tantas incomprensiones, tantos problemas internos... Todas esas pruebas han purificado a la Iglesia, y la purificarán más.

Dice que la Iglesia “vive en el exilio”. **Vivimos en el exilio porque nuestra patria definitiva está en el cielo.**

En la carta a Diogneto, que leemos en el oficio de lecturas en tiempo de pascua (miércoles 5º de pascua):

*Habitan en su propia patria, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos, pero lo soportan todo como extranjeros; toda tierra extraña es patria para ellos, pero están en toda patria como en tierra extraña.*

Por una parte, en todos los sitios “se sienten en casa”; sin estar atados; y al mismo tiempo “como extraños”; es como tener una doble ciudadanía: la ciudadanía terrena y la del cielo.

Es bueno que cada uno de nosotros, dentro de la sensibilidad de cada cual, haga su examen de conciencia y se diga: “dentro de ese doble “pasaporte” que tengo, ¿Cuál es el que tengo más olvidado?.

Porque puede que a alguno haya que decirle que tiene que implicarse más en la construcción del Reino en esta tierra, en los deberes sociales, etc.; pero seguro que a muchísimos habrá que decirles: “*desempolva ese pasaporte que tiene guardado en un cajón; ese pasaporte, esa ciudadanía que tienes de la Jerusalén celeste*”.

Terminamos insistiendo en lo ya dicho: Si queremos tener una verdadera imagen de la Iglesia, pensemos en la Iglesia celeste, la Iglesia gloriosa; en la Iglesia purgante, por la cual rezamos. Pensemos en todo eso, porque de lo contrario nos vamos a quedar con una imagen parcial y limitada de la Iglesia.

Lo dejamos aquí.